Entrevista con Dietrich Schwanitz

Carlos Alfieri

Intentar explicar en poco más de 500 páginas las líneas maestras de la cultura occidental, las claves de su evolución, las zonas de ruptura y las de continuidad con su pasado, parece una tarea irresponsable o imposible. Sin embargo, fue acometida por el profesor alemán Dietrich Schwanitz y el resultado ha sido su libro *La Cultura. Todo lo que hay que saber*, que se convirtió en un insólito *best-seller* en Alemania, donde vendió un millón de ejemplares. Publicado en España meses atrás por Taurus, alcanza ya la séptima edición.

Se trata de un libro que puede ser objeto de muchos reparos, sin duda, por su inevitable simplificación y también porque erige cánones ciertamente discutibles, pero de entrada conviene decir que no cae nunca en la ramplona banalidad de ciertos libros de autoayuda al uso. No carece de rigor, está impregnado de una irreverente distancia irónica y acierta a menudo con perspicacia en la detección de los núcleos más significativos de los fenómenos que analiza. Además, desprende una innegable vivacidad.

Tras estudiar filología inglesa, historia y filosofía en las universidades de Münster, Londres, Filadelfia y Friburgo, Dietrich Schwanitz, nacido en 1940, fue profesor de Cultura y Literatura Inglesa en la Universidad de Hamburgo durante casi veinte años, hasta que en 1997 se retiró para dedicarse exclusivamente a escribir. Entre otras obras, ha publicado *El campus, La historia cultural inglesa, El síndrome Shylock* y *El círculo.* Cansado de comprobar las tremendas lagunas culturales de sus jóvenes alumnos, se decidió a emprender, con *La Cultura. Todo lo que hay que saber,* la redacción de una biblia que abarcase los frutos más preciados de la civilización occidental. Por lo menos, para tratar de compensar, afirma, «el excesivo lugar que ocupa en nuestras cabezas la vida privada de los famosos, porque estamos en una sociedad en la que el bufón se convierte en rey, en la que se produce la carnavalización del conocimiento».

– *Pero ¿qué se entiende por cultura en su libro?*

– Me gustaría dar una definición que se orienta hacia el concepto de memoria cultural. Eso quiere decir una memoria que, más allá de la memo-

ria personal que uno tiene, también implica una memoria adquirida, que establece asimismo la relación existente entre persona y sociedad. Así, la cultura es una especie de versión simbólica de lo que son el individuo y la sociedad. Eso entronca con la antigua concepción de *Bildung*, entendida como cultura, formación, educación. *Bildung* como apropiación por parte del individuo de la dimensión social.

– Aunque el título –por lo menos en español– no es explícito al respecto, su obra se ocupa sólo de la cultura europea, no de la cultura en general. ¿Es posible dejar de lado a Asia y América, por ejemplo?

– Sí, pienso que es posible, porque sólo la cultura europea ha producido una mutación: la sociedad moderna. Y esta sociedad moderna se estructura según los tipos de comunicación entre los individuos. En ella la información tiene un papel relevante.

Éste es un modelo totalmente nuevo de sociedad, que sólo se puede percibir y comprender por medio de una percepción no palpable. Precisamente por ello esta sociedad se ha convertido en el punto de partida de la globalización. Y lo que nosotros vemos ahora mismo en India, en África, en buena parte del mundo, son los síntomas del *stress* que genera la transformación de las culturas tradicionales en modernas. Por eso entenderemos lo que está pasando allí si empezamos por entendernos a nosotros mismos, puesto que nosotros somos en cierto modo el origen de este proceso que se produce ahora. Por ejemplo, para entender la sociedad india creo que lo mejor que se puede hacer es estudiar y comprender la Inglaterra del siglo XVIII, más que intentar introducirse ahora en el sistema de castas de la India. Mi libro es conscientemente eurocéntrico, incluyendo en este concepto a América, por supuesto.

– En su esfuerzo por sintetizar y hacer comprensible el vasto edificio de la cultura europea, ¿no teme haber caído en la banalidad?

– No. En la banalidad, realmente, no. En absoluto.

– Al tratar de explicar el desplazamiento del poder de España por parte de Inglaterra y Holanda tras el descubrimiento de América, escribe usted que ese hecho se debió «probablemente porque a diferencia de los calvinistas, los españoles no eran adictos al trabajo sino hidalgos católicos propensos a la siesta». ¿No es ésta una típica afirmación tópica y superficial?

– Sí, lo reconozco. Digamos que lo he escrito pensando especialmente en una especie de prejuicio alemán que existe sobre los españoles. Pero a partir de ese estereotipo enlazo luego otros razonamientos. Y además tengo un motivo para mi proceder, y es la explicación de la sociedad industrial. Para llegar a ella fue preciso imponer una notable disciplina, erigida sobre la base de una ética del trabajo puritana, que tan bien subrayó Max Weber, con lo cual supongo que el lector ya ha leído sobre este tema. Cuando le hable de este ideal monástico, que es lo que se generalizó como puritanismo, ya sabe sobre qué bases se fundamenta este prejuicio que utilizo. Dicho de otra manera: es un estilo coloquial de decir las cosas, y espero que el lector lo reconozca fácilmente así, sabiendo por dónde van los tiros.

– *¿A qué atribuye el extraordinario éxito de ventas de* La Cultura *en Alemania?*

– A que en mi país hay una gran contradicción entre lo que la gente piensa de sí misma como nación, como nación que ha inventado este concepto de *Bildung,* y la dificultad de procesar el pasado. Y esto ocurre porque ese pasado casi se hundió con la catástrofe del nazismo, el concepto de nación en Alemania se arruinó totalmente. Ambos conceptos, el de nación y el de *Bildung,* estaban íntimamente ligados; el segundo de ellos era una especie de pedagogía nacional, por lo que llegaba a ser la nación misma. Por eso se hablaba de *nación de cultura.* Y claro, la gran contradicción que se dio es que la burguesía culta no evitó el fascismo, con lo que la noción de *Bildung* quedó totalmente desprestigiada y fue posteriormente socavada por las revueltas estudiantiles de finales de los años 60, sin que se encontrara sustitución para ella. Pero aun así no se dejó de lado por completo el concepto de *Bildung,* y continuó vigente un cierto imperativo social: «Tienes que ser culto, tienes que tener *Bildung*». El problema es que no se les dice claramente a los jóvenes y a la gente en general qué es eso, qué tienen que saber para ser cultos. Creo que mi libro vino a satisfacer esa demanda acerca de la cultura, lo que explica su éxito.

– *Usted hace hincapié en la necesidad de establecer una relación viva con la cultura. Por eso me asombró bastante que haya excluido al cine de su libro.*

– Hay una razón pragmática por la cual he excluido ese ámbito. De lo que me he ocupado en mi libro es de aquello que sé, por experiencia docente, que ya no pertenece a la cultura de los jóvenes. Si no me ocupé del cine

es porque los jóvenes están muy bien informados al respecto; yo me podía ahorrar ese trabajo.

– *Aun comprendiendo el enorme esfuerzo de síntesis que tuvo que llevar a cabo, ¿cómo es posible que ni siquiera nombre a figuras como Quevedo, Eliot, Chejov, Ortega y Gasset, Sartre, Gadamer, Paul Ricoeur, André Breton, Max Planck, Faulkner, entre tantos otros?*

– La verdad es que no sabía que Sartre, Ricoeur o Eliot no figuraban en mi libro... No me di cuenta. Sólo puedo responder a su pregunta admitiendo que faltan cosas, en efecto. De hecho, no realicé un inventario: no me habría sido posible, además. Todas las personas que critican mi libro critican algo así...

– *Lamento haber sido tan poco original...*

– No, no, yo lo entiendo. Pero hay que tener en cuenta que en el momento en que uno selecciona, siempre es discutible el límite de hasta dónde se puede llegar. Todos pueden protestar porque no está X, y si incluimos a X clamarán porque no está Z. En Alemania, por ejemplo, muchos han dicho: «Falta gente de mi generación.» Y hubo críticos que invalidaron el libro porque no mencionaba a un determinado autor o personaje histórico. Ocurre que uno siempre tiene un límite, y el alcance del mismo es debatible. Por esa razón las fronteras o delimitaciones no son serias, constituyen una especie de truco pedagógico. Si yo llevo a un estudiante a una biblioteca en la que ve un millón de volúmenes y le digo «tienes que leer todo lo que puedas», se dará media vuelta *ipso facto* y dirá «¡no, por favor, me voy a la cafetería!». En cambio, si le digo «anda, selecciona 50 libros importantes» –y lamentablemente, pueden no estar entre ellos obras de Sartre, Quevedo o Eliot– quizás sí leerá los 50 volúmenes, porque pensará que es una tarea abordable, que le llevará esfuerzo pero que tiene un límite, un fin. Y cuando haya terminado el libro número 50 él mismo leerá a Eliot o a Sartre, porque será conducido por un proceso natural. Mi libro debería llamarse «Todo lo que hay que saber para luego seguir por cuenta propia».

– *También me ha sorprendido su afirmación de que la novela fue inventada en Inglaterra en el siglo XVIII. ¿Excluye de este género al* Quijote?

– Si no recuerdo mal creo que digo «con excepción del *Quijote*». De todos modos, el *Quijote* es un caso especial, porque muestra la autorrefe-

rencialidad de la novela, pero ése no es el modelo de la novela que vino después. Pienso que se puede caracterizar el desarrollo de la novela a través de tres o cuatro obras que configuran su modelo. *Tristram Shandy,* que se escribió bajo la influencia de *Don Quijote,* nos muestra la imposibilidad de construir una novela dentro de la novela. La solución de este problema sería la invisibilización de la situación narrativa. Ése fue el canon de la novela que desarrollaron los ingleses y Jane Austen consagró. Ella inventa una forma gramatical de narración que es el discurso vivido. Es decir, desenvuelve una paradoja. Si usted escribe «La condesa andaba de un lado a otro de la habitación. Mañana vendría su prometido», se produce una paradoja entre el pretérito y el futuro. Hay una combinación de una perspectiva narrativa del narrador y de otra que corresponde a la condesa, encarnada en el «mañana». Así se dramatiza el presente vivido del personaje y de esta manera se facilita que su vivencia pueda convertirse en vivencia del lector. Este tipo de participación del lector permite su acceso directo a la psique de otra persona –ficticia– y el discurso histórico. Porque los discursos históricos hacen lo mismo: van al pasado de la vivencia, limitan su perspectiva a la conciencia de aquella época y dejan que ésta se desarrolle dialécticamente. Esto se convertirá luego en Alemania en la filosofía de la historia, mientras que en Inglaterra y Francia será la metodología para narrar novelas. Los alemanes desarrollan, en cierta manera, una nueva versión de *Don Quijote.* Dicho de otra forma: viven en una novela sin saberlo, lo que después se transforma en la ideología. Si *Don Quijote* se hubiese convertido en el modelo de la novela, eso se habría notado. Pero no fue así. Los ingleses, entonces, establecieron el canon de la novela, que consistía en la eliminación de la situación del narrador.

– *Dice en su libro de los psicoanalistas: «Por lo que se refiere a su función social, bien pueden compararse con la mafia de la droga, dado que ellos mismos crean la necesidad que después convierten en la fuente de sus ganancias.» ¿Se ha psicoanalizado alguna vez?*

– No. No podía hacerlo debido a esta reflexión que usted acaba de mencionar. Pero he visto el fenómeno y lo he vivido masivamente, porque pertenezco a esa generación que después de una repentina revolución cultural se está autopsicoanalizando. Pienso que la función real del psicoanálisis, al igual que la de toda la psicología, reside en darle a la persona una patria fuera de la sociedad.

– *En el apartado del libro titulado «Panorama teórico y mercado de opiniones» habla de las teorías de moda –«in»– y de las caducadas*

–«out»– con ingenio y sarcasmo. ¿No teme haber caído demasiado en la frivolidad?

– No. Mire, en Alemania nunca se debe tener miedo de caer en la frivolidad. Alemania es un país tan poco frívolo, tan lleno de gente seria, que da la sensación de que si algo puede hacerle daño es proporcionarle más seriedad. Una dosis de frivolidad sólo puede tener efectos benéficos para el país.

– ¿Qué dos o tres rasgos básicos señalaría como definitorios de la cultura europea?

– Intentaría construir una respuesta a su pregunta más bien a través de la sociedad. Muchos teóricos opinan que una de las ventajas de la cultura europea ha sido la diferenciación política, con la dispersión simultánea de la cultura por doquier. No ha habido en Europa un gran imperio, como en China. Hubo ciertos picos álgidos de desarrollo, mientras el valor añadido de la información de lo que estaba pasando en un momento X en un sitio X se difuminaba por toda la zona. Por esta razón se hicieron posibles los inventos culturales. Para mí los períodos más sorprendentes de la historia social y cultural europea son aquéllos en que se desarrolla Florencia en el siglo XV e Inglaterra en los siglos XVII–XVIII. Porque en ellos se hacen descubrimientos, particularmente en Inglaterra, que violan la propia teoría. Las teorías sociales de aquel tiempo partían de la necesidad de la unidad de la sociedad –unidad de la religión, unidad del Estado–, pero lo que hicieron los ingleses fue, de hecho, todo lo contrario: quebraron esa unidad de la sociedad y la transformaron en un conflicto constante entre partidos. Fue una situación paradójica, que además contrariaba la opinión de la mayoría de los intelectuales. Pero aun así fue posible, a través de una serie de coincidencias dinásticas, a través de un desarrollo cuesta arriba se llegó a una culminación con la Constitución, con el equilibrio de poderes, la instalación permanente de los partidos y toda esta maquinaria del gobierno que conocemos hoy, todo ello acompañado por la ideología de los derechos humanos y la religión civil. Estos descubrimientos culturales son únicamente obra de los europeos, y ése es el rasgo definitorio, para mí, de nuestra cultura.